

sus habitaciones, y ya en el umbral continuó diciendo:

—Vamos, es preciso descansar. El sueño desvanecerá esas locuras y mañana ya no pensarás en ellas.

Armando besó cariñosamente á la condesa, la miró con ojos tranquilos y risueños, y atravesando el saloncillo se dirigió á su cuarto. No bien hubo desaparecido el conde, su esposa, con el semblante demudado, cayó medio desvanecida en un sillón, y dando rienda suelta á su dolor, tanto tiempo reprimido, rompió á sollozar, diciendo en voz entrecortada por el llanto:

—¡Ha mentido, ha mentido! Poco después se calmó y se puso á reflexionar profundamente.

II

En Viena, durante las fiestas de Año Nuevo, y en un baile de palacio, fué donde Armando de Fontenay, recientemente agregado á la embajada, vió por primera vez á la hermosa princesa de Schwarzbourg. La princesa penetraba con aire alegre en el saloncillo reservado en que permanecía la emperatriz. El conde francés, llegado poco tiempo antes de París, deseaba ser presentado por su embajador y se hallaba á muy pocos pasos de la soberana cuando la joven se

adelantó graciosa y risueña. Armando fué testigo de la cariñosa acogida que la princesa obtuvo. Vióla tratada por la emperatriz casi de igual á igual, y comprendió perfectamente la elevada posición que debía de ocupar en la corte quien así era recibida en ella. Pero lo que le impresionó más profundamente fué la hermosura de la joven.

—¿Está usted sola aquí esta noche, Guillermina?—preguntó la emperatriz.

—Sí, señora; el príncipe ha tenido que permanecer en Bohemia con motivo de las elecciones. El servicio de S. M. lo aleja de la corte. Ninguna otra razón habría podido decidirle á estar ausente de aquí en un día como éste.

—El príncipe no ha menester de que el emperador le oiga para que estemos seguros de su adhesión—dijo amablemente la emperatriz.—Un antiguo servidor de la monarquía como él lo es, no está ya en el caso de *hacer sus pruebas...* Pero á su edad debería cuidarse un poco... El invierno debe de ser crudo en Bohemia.

—Sí, señora; cuando me he separado del príncipe había en los caminos más de tres pies de nieve. Solo es posible viajar en trineos; pero, en cambio, así se viaja con más rapidez y más comodidades.

La conversación seguía con más intimidad entre la joven y su soberana, y el conde no pudo comprender el sentido de las frases. Pero de las

peccas palabras que oyó pudo deducir que la joven se llamaba Guillermina y que estaba casada con un anciano. Pocos minutos después levantóse la emperatriz y, acompañada por sus damas de honor, entre las cuales estaba la señora de Schwarzbouurg, comenzó á dar una vuelta por los salones, dirigiendo una palabra afectuosa á todos los que allí conocía; después se retiró á sus habitaciones.

Era la una de la madrugada y las danzas, al són de una orquesta magnífica, arrastraban á las parejas en armonioso tumulto. La princesa, ya en posesión de su libertad, habíase sentado en medio de un círculo de señoras y presenciaba alegremente la fiesta. Era imposible imaginar un tipo de hermosura más seductor y más completo. Tenía elevada estatura y una elegancia altanera. El esplendor de sus hombros de nieve era célebre en la corte. Su rostro era adorable, iluminado por rasgados ojos de una dulzura sin igual y animado por una boca de labios rojos hechiceros. Sus cabellos espesísimos, de un color castaño, mezclados con tonos de cobre, estaban levantados por encima de la nuca con un peine de diamantes y parecían próximos á escaparse para cubrirla con sus ondas perfumadas. Sus brazos torneados, frescos y blanquísimos, terminaban en dos manos aristocráticas que jugaban cómodamente con guantes blancos de Sajonia, y manejaban un precioso abanico de plumas, exor-

nade con una corona de príncipe formada con esmeraldas, rubíes y brillantes. No obstante su elevada estatura, tenía la princesa pies pequeñísimos que, calzados de raso, se agitaban instintivamente al compás de la música, como si deplorasen no recorrer ligeros y alegres el pavimento de los salones del palacio.

Armando admiraba desde lejos á tan hechicera mujer y analizaba todas sus perfecciones con el gusto de un inteligente. Al primer golpe de vista había reconocido en el traje azul, guarnecido de encajes, el corte y la hechura de una excelente modista de París. Agradeció á la encantadora austriaca aquella muestra de simpatía al arte francés. Comenzó desde entonces á mirarla con más atención y mayor contentamiento. Se consideró en comunicación espiritual con aquella joven, y ya no tuvo más que una sola aspiración: la de hacerse presentar á ella. Cuando buscaba una persona conocida entre los que rodeaban á la princesa y solamente veía personas extrañas, sintió que le tocaban en el hombro, volvió la cabeza y se halló con su embajador, el marqués de Villenoisy.

Estaba entonces el marqués en el apogeo de su carrera. Habiendo desempeñado las funciones de ministro de Estado durante el difícil período de la Defensa nacional, habíase conducido admirablemente como hábil diplomático y como buen patriota en la discusión de las condiciones

de la paz. Aquel aristócrata, olvidando en aras de su amor al país las prevenciones que su nacimiento, su educación y sus gustos le inspiraban contra los hombres del 4 de Septiembre, habíase consagrado con pasión á la obra de recobrar la patria ocupada por el vencedor. Gambetta, que conocía muy bien á los hombres y que estuvo rodeado, durante la primera parte de su vida, por miserables ó por necios, supo apreciar inmediatamente el gran valor y la escrupulosa probidad de aquel diplomático de carrera, y á pesar de su marquesado y á pesar de su adhesión sincera á la dinastía caída y de su hostilidad evidente á las nuevas instituciones habíale confiado, con tranquilidad muy justificada, los destinos de Francia.

El marqués de Villenoisy, quien juntamente con Pouger-Quertier, había contribuído con la mayor eficacia á obtener del vencedor condiciones aceptables, habíase atraído por esta causa el odio de Thiers, á quien desagradaba que alguien prestase cerca de él servicios brillantes. Pero el marqués había ya conquistado una reputación que debía seguirle en Europa durante su carrera. En aquel entonces, embajador de Francia en Viena, era considerado allí, no ya como un francés distinguido, sino casi como un compatriota. Su padre, emigrado con el conde de Artois, había vivido en Viena por espacio de veinte años, y había adquirido allí muy buenas y muy sólidas amis-

tades. La situación del marqués en la capital de Austria era, por consiguiente, excepcional. Tratado como amigo por el emperador, que le había conocido muy joven, unido por lazos de parentesco á muchas familias nobles de Austria, gozaba de una importancia personalísima en la corte y era recibido en ella con afectuoso agasajo.

Entretenido hacía un rato á la entrada del salón en una conversación profesional con el ministro de Baviera, dejaba el diplomático correr sus miradas por el círculo de encantadoras mujeres que llamaban la atención del conde Armando. Respondía, pues, á su interlocutor con algunas frases vagas, y cortando la conferencia habíase aproximado al oficial de estado mayor, á quien, como antes he dicho, dió un golpecito en el hombro.

—¿Qué mira usted con tanta atención, mi capitán?—le dijo sonriendo.

—¡Qué he de mirar sino esas mujeres seductoras!—dijo Armando.—Sabía yo que las vienasas tenían fama de hermosas, pero nunca imaginé que esa fama fuese tan merecida.

—¿Y cuál de aquellas señoras ha tenido la suerte de corroborar esa galante opinión de usted?

—Una princesa encantadora que puede usted ver sentada allí, muy cerca de la chimenea. Mírela usted; ahora se ríe con un aire de candor adorable.

—¡Ah! Es mi amiguita la señora de Schwarz-

bourg—dijo el embajador, mientras con la cabeza hacía señales de adherirse á la opinión del conde;—tiene usted mil veces razón: es una de las mujeres más perfectas que conozco. Su madre, la condesa de Berzepebus, era mucho más hermosa todavía. La recuerdo aún en la ceremonia de la coronación del emperador. Aquella mujer eclipsaba con su belleza á todas las damas de la corte, y las había entre ellas húngaras y moravas admirables... ¡Ah, querido amigo, si hubiese visto usted aquello!... Pero ¡estoy chocheando! Si usted hubiera visto aquello seríamos de la misma edad, y no le felicitaría yo por ello. Vaya, mejor es para usted admirar á la hija que haber admirado á la madre.

—Habéis dicho, al hablar de la princesa, *mi amiguita*... ¿La trata usted con intimidad?

—Desde que era muy niña. Anduve loco de amores por su madre, la señora de Berzepebus allá por los años mil ochocientos cuarenta y seis. Era mujer de virtud invencible. La marquesa se burló suavemente de mí y acabé por ser un buen amigo suyo. ¿Quiere usted que le presente á la princesa? Corriente; la requebrará usted, como requebré yo á su madre; la princesa se burlará de usted, y concluirán ustedes por ser dos buenos amigos.

—Sí, presénteme usted, señor embajador, y quedaré profundamente agradecido.

El marqués de Villenoisy era ciertamente un

diplomático muy hábil, pero un observador mediano. Establecer comparaciones entre un secretario de embajada, no muy pródigamente dotado por la naturaleza de atractivos físicos, y el conde Armando de Fontenay, uno de los miembros más elegantes de la aristocracia francesa, era exponerse á una equivocación. Pero puede uno ser muy maestro para modificar y recortar el mapa de Europa y ser un colegial en asuntos amorosos. Desde el instante mismo en que la princesa y el conde estuvieron frente á frente, la turbación de ambos presagió que entre ellos todo había de ser serio. La risueña Guillermina se tornó súbitamente grave y el capitán atrevido mostróse acobardado. Fué menester que uno y otro realizasen grandes esfuerzos para hablar. Hubiérase dicho que ambos experimentaban una repentina opresión, como si se hallasen en uno de los momentos más importantes de su existencia.

Pasados algunos minutos, Armando, deseoso de poner fin á esta situación embarazosa, y notando la impaciencia manifestada involuntariamente por los piececitos de la princesa, solicitó un vals, que le fué concedido.

Entonces, entre aquellos austriacos que tienen fama, y merecida, de excelentes *valsadores*, el victorioso director de cotillones en el arrabal de Saint-Germain mostró una autoridad, un vigor y una destreza de tal suerte superiores, que todos se apresuraron á contemplar cómo giraba en

medio del salón, guiando á su pareja de modo conveniente para que luciese la flexibilidad de su talle, la gracia de su tocado, haciéndola valer en una palabra, como el jinete hábil puede presentar un *pura sangre* de gran precio.

Arrebatada por el placer del vals, con los ojos deslumbrados por el brillo de las arañas, sintiéndose arrastrada por un brazo vigoroso, la princesa abandonábase por completo á la embriaguez de dar vueltas en movimiento cadencioso, al compás de instrumentos sonoros. Guillermina no miraba en rededor suyo, ni se daba cuenta de la curiosa admiración que producía á su paso; valsaba con pasión, feliz con sentirse en rápido movimiento, en completa posesión de una existencia animada, y olvidábase de todo lo que no era aquel minuto de regocijo. Para dejarla respirar después de varias vueltas, el conde se detuvo. Guillermina se vió entonces, no sin asombro, en el centro de un círculo, formado por personas amigas que la miraban sonriendo. Se ruborizó un poco, y en un tris estuvo que, so pretexto de hallarse fatigada, no despidiese á su pareja. Por un momento experimentó vaga inquietud, como la de quien presume que ha hecho algo que no ha debido hacer. Y, no obstante, ¿podía haber nada más inocente? Una suave presión del brazo de Armando la indicó que era tiempo de reanudar la tarea.

Comenzaron por segunda vez á dar vueltas,

pero no fué entonces con la misma furia que al principio. No parecía sino que, para variar sus efectos, quería el conde demostrar en esta ocasión elegancia y flexibilidad, como había mostrado en la otra fuego y vehemencia. Valsaba, pues, con lento y ondulado movimiento, con sus ojos clavados en los de su hermosa pareja, como si deseara bajar hasta el fondo del corazón por aquella pupila de un azul de clemátide.

Sus labios sonreían y Guillermina creía oír el murmullo de dulces palabras y apasionadas ternezas. Sólo un cuarto de hora había transcurrido desde que la princesa había visto á Armando por primera vez, y las impresiones que en esos quince minutos había recibido eran de tal índole, que no recordaba haberlas experimentado nunca parecidas. Las últimas notas del vals se apagaron y la princesa se encontró, como si entonces despertase, paseándose del brazo de Armando por los espaciosos salones.

El conde hablaba y la princesa le oía con arrobamiento. Guillermina no acababa de comprender bien el sentido de las palabras de Armando; solamente distinguía el metal de su voz, que le parecía dulce y grato. Así atravesaron, como en sueños, varias salas, hasta que se encontraron en el ambigú, servido por lacayos de elevada estatura, graves, tiesos, solemnes, que llevaban con todo el decoro propio del caso la librea imperial. La princesa aceptó un racimo

de uvas y una copa de Champagne. El conde permaneció de pie, delante de ella, contemplándola, extasiándose, á cada grano que la princesa comía, al contemplar sus labios sonrosados y sus dientes blanquísimos y menudos. Armando estaba como extático; jamás se había sentido tan apasionado por una mujer. Devorábale un deseo vehemente; habría dado de muy buen grado su vida por coger entre sus brazos á la princesa, arrebatarla por fuerza y morir cubriéndola de besos. Sus dientes se apretaron y una angustia cruel le oprimía la garganta; comenzó á temblar nerviosamente y tornóse pálido como un cadáver; su palidez fué tal, que la princesa lo echó de ver, y mirándole con solícita inquietud, le preguntó:

—¿Qué tiene usted? ¿Se ha puesto usted malo? La verdad es que hace aquí un calor horrible.

Armando pudo dominarse lo suficiente para sonreír y contestar tranquilamente:

—No es nada; he sentido algo así como un desvanecimiento; pero es efecto de la temperatura. Ya pasó.

Hallábanse ambos en un estado de ánimo tan particular que nada del uno podía parecer indiferente al otro. La princesa encontró, en las insignificantes palabras de Fontenay, un sentido oculto que las prestaba gran valor. Permaneció silenciosa, alarmada, como si hubiese podido leer en el cerebro de Armando la turbación de sus pen-

samientos. El conde, con ese tacto exquisito del verdadero hombre de mundo, adivinó su impresión; deseando tranquilizar á la joven adoptó el aire más indiferente que pudo, y ofreciendo otra vez el brazo á Guillermina, le dijo:

—Princesa, ¿dónde quiere usted que la acompañe?

—No quiero volver al baile; estoy algo cansada y me voy á marchar.

Dirigiéronse, pues, al saloncillo de espera situado cerca de la escalera principal, y Armando oyó gritar en el primer escalón: «Los criados de la señora princesa de Schwarzbourg.» Transcurrido un instante, dos mocetones con librea se presentaron en el descansillo con *la salida de teatro* forrada de piel y la toquilla de blonda blanca para la cabeza de Guillermina; antes de bajar, la princesa se volvió hacia Armando y le dirigió un saludo afectuoso. El conde, que se había inclinado, dijo levantando la cabeza:

—¿Me sería permitido, señora, presentarme en su casa de usted?

—Mis amigos—respondió la joven—me encuentran todos los días á las cinco.

Y sonriendo de nuevo y saludando por tercera vez, comenzó á bajar la escalera con paso firme y seguro, seguida de su servidumbre.

Armando, con el corazón regocijado como si la princesa le hubiese prometido su amor, volvió al salón del baile.

El conde de Fontenay era hombre demasiado bien educado y tenía sobrado trato de gentes para poner gran apresuramiento en aprovecharse del permiso que, para visitarla, le había otorgado la princesa. Sabía de sobra que había de conseguir tanta mejor acogida cuanto más se hiciese esperar; dejó, pues, transcurrir una semana antes de ir al palacio de Herrngasse. Pero se las compuso de tal modo que veía á la princesa y era visto por ella. Preguntó, inquirió y supo que Guillermina asistía á la Ópera los jueves. El palco de la embajada estaba á su disposición. Allá se fué á hacer compañía al marqués de Villenoisy, al cual no dejó de producir extrañeza el repentino fervor musical del agregado. El antiguo diplomático había sido educado con los aires fáciles de las escuelas francesa é italiana; el álgebra musical de la escuela alemana le causaba horror. Se representaba aquella noche el *Don Juan*, de Mozart; halagado por aquellas suaves, límpidas y exquisitas melodías, se animaba sin desconfianza.

Aquel momento fué el que aprovechó Armando de Fontenay para adquirir noticias acerca de la hechicera mujer cuyo recuerdo le seguía constantemente. Supo con asombro que la princesa tenía ya treinta años; hábale parecido mucho más joven. El conde no la hubiese calculado más de veintidós á veintitrés años, y resultaba mayor que él. Hízose entonces explicar el ma-

trimonio de la señorita Berzepebus con el príncipe de Schwarzbourg, que habría podido ser su padre. El barón de Berzepebus se había retirado del servicio militar siendo muy joven todavía; tanto para ocupar en algo sus ocios cuanto para seguir su inclinación á las empresas industriales, habíase lanzado en negocios muy considerables de minas en Caviuthic. Había descubierto en terreno poco productivo y de su pertenencia *yacimientos* (*) de estaño de mucho valor. Con el propósito de utilizarlos, había montado una fábrica y comenzado una explotación muy costosa. Su fortuna propia había desaparecido por completo, devorada por los gastos de tan vasta empresa. Gran parte de la fortuna de su mujer había corrido la misma suerte. Y después de esfuerzos titánicos, de innumerables trabajos, de experimentos muy costosos, cuando los sacrificios realizados iban tal vez á dar su fruto, la guerra de 1866 lo había comprometido todo. Las compras ultimadas no habían podido llevarse á cabo por falta de brazos para extraer el mineral. El barón, muy engolfado en la Bolsa, tuvo precisión de pagar diferencias enormes. En pocos meses quedó completamente arruinado, y la señorita de Berzepebus, que estaba reputada

(*) Los geólogos, y en general los naturalistas españoles, han admitido ya en el tecnicismo de sus ciencias ese vocablo expresivo y propio, pero la Academia no lo acepta todavía: todo se dará. (N. del T.)

por la hermosura más completa de la capital de Austria, quedó reducida á la condición de doncella sin dote. Bien será decir, en honra de los jóvenes vienenses, que ni uno solo de los aspirantes á la mano de la bella Guillermina había retirado su pretensión. La joven habría podido casarse muy brillantemente y escoger para ella marido á su gusto; pero el barón de Barzepebus, más impresionado y más infeliz por la ruina de su industria que por la pérdida de su fortuna, lo dispuso de otra manera.

El príncipe de Schwarzbouurg, gobernador de la provincia, gentilhombre de cámara del emperador, que se había interesado mucho en la tentativa del barón, le ofreció fondos para reanudarlas. El gran señor, hombre muy inteligente y muy práctico, había presentado el feliz resultado de aquella empresa. Poseía el camarlengo una de las mayores fortunas territoriales de Austria; vendió montes de muchas leguas cuadradas para sumergir en las minas de Caviuthic el dinero que producía la venta. Berzepebus, á quien asesinaba el disgusto de ver desvanecidos sus sueños y abatidas sus sabias combinaciones, recobró todo el vigor de su cuerpo y toda la lucidez de su espíritu para emplear en la obra los enormes capitales que el príncipe tenía á su disposición. La familia Berzepebus, alejada de Viena por la febril actividad del barón, que no podía hallarse lejos de su fábrica y de sus

minas, pasaron dos inviernos en el fondo de su castillo feudal, en medio de las montañas y sin más trato que el de algunos aldeanos. Su distracción única era la presencia del príncipe, que prestaba al agreste domicilio cierto tinte de animación. Lo que tenía que suceder sucedió. Guillermina inspiró al anciano Schwarzbouurg una pasión tanto más violenta cuanto menos razonable era. El gran señor era entonces un hombre de cincuenta y ocho años, muy bien conservado, de estatura alta y arrogante y barba y cabellera blanca. Sus negras pestañas velaban ojos de miradas brillantes. Respiraba tal aire de fuerza y de salud que hacía su amor aceptable. La gracia natural de su ingenio haciale simpático; era uno de los hombres de conversación más amena y más agradable que había en Viena. Verdad es que esta circunstancia era tradicional en su familia. Sus padres habían dado notoriedad y fuerza á sus réplicas y á sus frases. Decíase entre las gentes: «el ingenio de los Schwarzbouurg,» como término hiperbólico. Guillermina tenía, por consiguiente, copia de razones en que apoyarse para justificar su matrimonio. Podía decir que tal esposo era de su agrado por la elevada posición de que disfrutaba en la corte, por sus brillantes maneras, por su grata conversación. Limitóse, no obstante, á manifestar que había sido del agrado de su padre. En esto no mentía la joven; solamente por dar gusto al barón de

Berzepebus había otorgado su mano al príncipe Schwarzbourg.

El extravagante barón, una vez casada su hija, se encerró con la baronesa en sus montañas salvajes, y mientras Guillermina realizaba su radiante aparición en la corte de Viena, trabajaba como un obrero para arrancar millones á las rocas de la Caviuthic. Y se salió con la suya; ¡milagro digno de ser citado! Este hombre de mundo, este aristócrata no consumió sumas inmensas y numerosos días en un trabajo improductivo. Fué tan favorecido por la fortuna como podría haberlo sido un póbretón. Los estafios dieron rendimientos colosales, y el dinero comenzó á desbordarse de la montaña y llegar al palacio de la Herrngasse como un torrente acrecentado al fundirse las nieves de los altos montes. A la hipérbole «ingenioso como un Schwarzbourg,» comenzó á sustituir esta otra: «opulento como un Berzepebus.»

Después de algunos años de destierro en su provincia salvaje murió archimillonario el barón, al cual siguió muy pronto su mujer, cuya salud había destruído la rudeza del clima. Guillermina, ó, por mejor decir, Mina, como la nombraban cariñosamente sus íntimos, tuvo la satisfacción de haber aportado al matrimonio una fortuna igual á la de su marido. Pero Mina había llevado además de eso mucho de juventud y mucho de hermosura, y el príncipe, á cambio de esto, habíala

ofrecido solamente un amor pálido, descolorido como unos soles de invierno que brillan, sí, pero sin calor y sin llama.

Diez años hacía que la hermosa princesa se había casado y no tenía hijos. Su marido, ya septuagenario, usaba para con ella bondad extremada y casi paternal. El anciano, desvanecidas las ilusiones engañosas que se había forjado en los principios de aquella unión, parecía como si pretendiera, con su indulgente ternura, indemnizar á su mujer de las decepciones que había hallado en aquel matrimonio. El carácter de Mina se había resentido de aquella complacencia afectuosa. La princesa había conservado la alegre vivacidad de una soltera y había adquirido el despotismo caprichoso de una mujer cuyos deseos no se discuten nunca. Ciertó es que su marido podía estar completamente tranquilo: nunca pudo existir virtud más unánimemente reconocida y proclamada que la de la señora de Schwarzbourg.

Todos los *tenorios* de la sociedad vienesa, al ver á la hermosísima joven entregada á sí misma y mal defendida por el amor de un anciano, habían hecho locuras por agradarla. Según confesión de los mismos interesados, ninguno de ellos había sido esimulado á proseguir por el indicio más ligero de agradar, y el amor propio de todos y de cada uno atenuaba las amarguras de la derrota con la declaración unánime de que la plaza

era inexpugnable. Tenía, pues, la princesa inmunidades y privilegios de que únicamente ella disfrutaba. Podía tener en su rededor dos ó tres adoradores, sin que esto se comentase ni fuese motivo de murmuración. Tal era su reputación de inaccesible, que se consideraba como niñería inocente el pretenderla. Era tiempo perdido para sus enamorados y cosa de entretenimiento para ella.

Y, no obstante, Guillermina no era coqueta y su caridad era inagotable. La princesa figuraba siempre al frente de todas las obras de caridad y empresas benéficas, y desde muy temprano podía hallársela en los barrios bajos de la ciudad visitando á los enfermos y socorriendo á los pobres. De otra cualquiera, al verla pasar en traje oscuro y cubierto el rostro con un velo habríase dicho: «Va á casa de su amante ó vuelve de ella, y las obras caritativas que lleva á cabo no son sino el pretexto que tiene para ocultar sus amorosas aventuras.» A Guillermina no osaba la calumnia: se la deseaba porque era adorable, pero se la respetaba.

Hacia ya un año que el gallardo *mayor* Waradía, el oficial más brillante del ejército de Viena, casi de sangre real por parte de madre, que era una princesa de Deux Pouts descendiente del gran *Magnat* de Hungría, compañero de Scandebay, se había hecho el escudero de la princesa; pero nadie echaba á mala parte su

asiduidad. Sabíase que sería mantenido á honesta distancia, como lo habían sido sus predecesores, y como habrían de serlo los que le siguieran. La emperatriz se había dignado bromear con Waradía sobre aquella pasión, y el gallardo oficial había respondido, con sospechoso gracejo, que preciaba en más la derrota suya que otros muchos sus victorias.

No obstante, como Waradía era poco sufrido con los hombres y había conquistado reputación del más temible duelista de Viena, nadie había osado disputarle su plaza de amante tímido, y esto había producido el vacío en torno de Guillermina.

Por una casualidad inexplicable, Waradía no había asistido á la recepción palatina en que el conde Armando había sido presentado á la señora de Schwarzbouurg; pero estaba en el palco de ésta cuando el marqués de Villaroisy daba á su compatriota todas las noticias apetecibles de su amiguita.

Concluía el acto; D. Juan había invitado á la estatua del difunto comendador para que le acompañase á cenar. Esparciéronse los espectadores por los pasillos del teatro. Empezáronse los cambios de visitas, según la moda italiana, y en cada antepalco se formaban grupos.

Armando, recién llegado, y poco conocedor aún de las costumbres de aquella sociedad, se apoyó de lado en el antepecho del palco, y dejó